

Capítulo 1

El ideal de la gestión integral del riesgo de desastres: aspectos políticos, económicos y sociales



Ailed Daniela Marengo-Escuderos (a)

^{a)} Psicóloga, Corporación Universitaria Reformada (Colombia). Magíster en Psicología (Universidad del Norte). Departamento de Investigaciones, Unidad de publicaciones y difusión del conocimiento, Corporación Universitaria Reformada (Barranquilla, Colombia).

Sinopsis del capítulo

Cuando hablamos de “riesgo”, “gestión” y “vulnerabilidad”, nos referimos a toda una cadena de hechos entrelazados que representan al final un indicador del poder de manejo de una sociedad frente a las amenazas. En un primer momento podemos seguir la corriente que define los eventos naturales, como todo aquel fenómeno que se desarrolla dentro de la naturaleza y que son generados por las mismas condiciones ecológicas en grandes proporciones de acción. Cuando estos eventos se encuentran se presenta una elevada probabilidad de ocurrencia estableciendo así una amenaza, si esta amenaza no es controlada y el evento ocurre trayendo consigo grandes pérdidas a nivel social, económico e individual a una comunidad se define la situación como un desastre

Cómo citar este capítulo: Marengo-Escuderos, A. (2018). El ideal de la gestión integral del riesgo de desastres: aspectos políticos, económicos y sociales. En: A. D. Marengo-Escuderos. *Estudios del desarrollo humano y socioambiental*. (pp. 10-22). Barranquilla, Colombia: Ediciones CUR.

(Baena, 2011), que traen consigo niveles de catástrofe que traen consigo una desestabilización individual y los sistemas social establecidos.

A lo largo del tiempo, aquellas creencias religiosas y fatalistas frente a la presencia de un riesgo de desastre han quedado en el olvido como posible explicación y forma de intervención a los hechos, para darle paso a las interpretaciones más dinámicas, interactivas y sociales (Lavell, 2007). Es decir, el riesgo de desastres es visto hoy en día como una construcción propia que va caracterizando a cada sociedad, que de por sí genera formas propias de incidencia, afectación y recuperación; esto explicaría las diferencias de los niveles de impacto y pérdidas individuales por comunidad, país o ciudad.

Desarrollo económico y político frente a GIRD¹

El ser humano como individuo en la sociedad, en el día a día presenta múltiples escenarios de interacción social, en los cuales desarrolla las habilidades construidas a través de la experiencia y el tiempo, así se va presentando una construcción social y física de los medios necesarios para el desarrollo económico. Es un hecho el que cada sociedad va avanzando de manera o a un ritmo diferente, pero en general su desarrollo aumenta a la vez que la capacidad de disminución de todos los aspectos inseguros o que conllevan a condiciones precarias de forma de vida y afecten su calidad —que deben ser identificados como necesidades prioritarias en todos los contextos sociales—, vaya en aumento (Lavell, 2007).

Es precisamente a través de las necesidades, que cada sociedad va creciendo y de acuerdo a lo que muchas veces podríamos llamar “improvisación” se van estableciendo las condiciones de acomodación estructural en donde intervienen de manera decisiva aspectos políticos, locativos y productivos para la toma de decisiones que terminan afectando a toda una comunidad que puede o no puede verse directamente relacionada con dichas corrientes. A medida que se entienda esta concepción social, se entenderá que las explicaciones a todos los estados de riesgo de desastres se encuentran entrelazados con los diferentes modelos de desarrollo económicos, que al final son los que determinan las

1 Siglas usadas para definir la gestión integral del riesgo de desastres por economía de espacio.

formas de crecimiento y de proyección, siendo así estos los que en primera medida deben ser intervenidos y modificados en pro de un estado de riesgo de desastres de menores o nulas proporciones (Audefroy, 2007). Por desgracia muchas de esas decisiones que son tomadas teniendo en cuenta los intereses productivos, no contemplan las repercusiones subsiguientes a su aplicación entre ellas el riesgo y su gestión implicando necesariamente que las relaciones sociales y de interacción cotidiana se creen bajo un estado permanente y particular de vulnerabilidad y riesgo (Thomas, 2011).

Si bien es cierto que todos los estados de riesgos de un desastre son permanentes, cuando una población es víctima de un desastre, el nivel de daño sufrido puede ser medido de acuerdo a las condiciones presentadas antes, durante y después de ocurrido el evento (Lavell, 2007; Thomas, 2011), es decir que el riesgo no se encuentra definido de manera única por las características del desastre, sino que además se observa el nivel de cambio o transformación producto del evento. De acuerdo a lo anterior podemos afirmar, que los daños sufridos no son más que el reflejo del nivel —económico y social— en que cada población se encuentra y la forma en que los aspectos políticos, locativos, productivos y administrativos están evaluando, interviniendo y atendiendo los posibles riesgos de manera progresiva; es así como y siguiendo lo dicho por Calderón (2001) establecemos de manera categórica que los desastres no son naturales, ya que *“no ocurren, se manifiestan”* (p.17), así bien todos los riesgos que se presentan se encuentran finalmente contruidos de manera social aunque su desarrollo sea por aspectos ambientales (Cardona, 2008).

Todo los riesgos antes de ser tratados deben ser identificados de acuerdo al momento de desarrollo en el que se encuentren, se han documentado cuatro momentos importantes en este ciclo continuo, es llamado ciclo porque partimos del hecho de que aunque la mayoría de los desastres son llamados naturales o fenómenos, como hemos registrado éstos en su mayoría pueden estar en permanente seguimiento, control o ser estudiados y por tanto muy rara vez se presentan sin haberse anunciado de una manera u otra.

Para este trabajo hemos tomado como guía o base la clasificación que realiza Cardona (2008) de estas fases y las hemos adaptado a las necesidades actuales de una sociedad como la colombiana y que se han evidenciado en toda la revisión documental del problema que se han evidenciado en toda la

revisión documental del problema. De acuerdo con la situación particular en la que se encuentre el estado de riesgo podemos encontrar las siguientes fases:

*Conocimiento*², esta fase comprende actividades de capacitación en primer lugar de todos los actores encargados de la dirección y atención frente al riesgo y luego de la comunidad que puede ser afectada por un desastre o que se encuentra en riesgo, esto con el fin de promover y concientizar por mejores prácticas que impacten el desarrollo o diario vivir de los habitantes.

Prevención, esta etapa es determinada por todas aquellas actividades que se realizan para en primer lugar evitar la aparición de un riesgo y en dado caso que existan reducir al máximo la probabilidad de ocurrencia de un desastre.

Atención pos-evento o respuesta a la emergencia, esta etapa se caracteriza por la ayuda reactiva frente a la presentación de un desastre, en donde se procura garantizar de manera humanitaria, con organismos de socorro y entes territoriales disponibles que poseen todas las cualidades y experticia, la seguridad de la población implicada que en muchas ocasiones puede significar las grandes pérdidas económicas y humanas.

Rehabilitación y reconstrucción, como su mismo nombre lo dice en esta etapa de la gestión del riesgo se comienza un proceso de recuperación de todas las pérdidas sociales, económicas, civiles y de infraestructura, además se procura por una restauración óptima que mejore las condiciones anteriores y que así se eviten daños de iguales magnitudes en futuras ocasiones, en este punto y como ciclo vemos la articulación adecuada de estas tres fases donde esta última se convierte en últimas en una forma de prevención futura pos-evento.

Cuando el Estado, Gobierno y sociedad han reconocido y se han apropiado de su papel como actores principales en los procesos de identificación de la vulnerabilidad y en todas y cada una de las fases de intervención en el ciclo

2 Esta etapa es llamada por el autor preparación y estaba ubicada en un segundo momento, pero la hemos integrado con algunos aspectos adicionales que consideramos deben ser tenidos en cuenta al inicio de la GIRD.

permanente del riesgo; deben procurar por prevenir mediante un esfuerzo conjunto la ocurrencia de los eventos o calamidades y en el peor de los casos, experimentar el menor daño material o humano posible cuando el riesgo es inminente sin olvidar dar la máxima atención posible durante los eventos, así se cumple el principal objetivo que establece una “correcta” GIRD (Audefroy, 2007; Baena, 2011; Cardona, 2008; Thomas, 2011). Específicamente hablando esa gestión del riesgo se consigue con el establecimiento de políticas y acciones concretas de conocimiento, atención, reducción y mitigación con miras a la disminución de la amenaza (Hezer et al., 2002), así como la mejora en la calidad de vida y bienestar de una sociedad, por medio de la cual cómo su mismo carácter de “pública” se integren todos los agentes gubernamentales y no gubernamentales como responsables de su correcta ejecución y respetando el capó de aplicación de cada uno de los conocimientos involucrados con miras al verdadero desarrollo integral de la sociedad.

La gestión de riesgo de desastres planteada de forma integral tiene como uno de los factores decisivos a la hora de tomar decisiones el adecuado manejo de los recursos económicos, en Colombia se ha demostrado una asociación entre el nivel de vulnerabilidad de cualquier comunidad y el incorrecto manejo de su dinero público (Baena, 2011). Desde esta perspectiva, entramos a entender la importancia de que ese manejo de recursos no vaya en contradicción con las prioridades y las condiciones establecidas previamente para la disminución del riesgo, puesto que la concepción y percepción social del mismo y la forma en que el nivel de vulnerabilidad sean tenidos en cuenta a la hora de diseñar y generar una política pública, ideológicamente garantizaría una condición segura para el desarrollo de la labor cotidiana de una población aunque —y como lo mencionamos anteriormente— se encuentre en permanente riesgo (Smith & David, 2009).

Por el contrario de lo anterior, en la mayoría de los casos estas preferencias se encuentran guiadas hacia sectores privilegiados o con el mayor nivel de movimiento económico, que muy seguramente se encontraron con mayor y mejores condiciones de resguardo frente a cualquier amenaza o condición de desastre (Cardona, 2003; Thomas, 2011) que en sumatoria no representaría una pérdida igual o mayor a la que tendría un gran porcentaje de víctimas. Bien dirían Susman, O’Keefe y Wisner (1983) que las clases sociales ejemplificaban la vulnerabilidad de manera certera porque estas se encuentran diferencialmente en riesgo

debido a su naturaleza económica y en el peor de los casos a su no preparación educativa ante los desastres.

Lo anterior sólo demuestra cómo las características que definen a cada sector no siempre son tomadas en cuenta para la definición de políticas públicas que garanticen una completa cobertura, en especial para aquellos sectores menos favorecidos, que al final son los que merecerían o necesitarían una mayor atención, protección y acciones de mejora ya sean estructurales, educativas o sociales. Es por lo anterior, que muchas de las sociedades se rigen a partir de la falsa premisa que sugiere que la dirección de los aspectos económicos muchas veces va o debería ir en contra de la protección de la población, puesto que este tópico interfiere con los niveles altos de crecimiento y desarrollo de un país. Hewitt (1996) plantea que “(...) *la distribución de daños en desastres refleja principalmente el orden social que produce, reproduce y regula las actividades humanas*” (p. 11).

Prueba de lo anterior es lo manifestado por Lavell (2007) quien expone que las pequeñas naciones o poblaciones marginadas, que se caracterizan por condiciones de marginalidad social, expropiación, opresión política y explotación, casi siempre son las más afectadas hasta el punto de alcanzar niveles altos de degradación del medio ambiente, con pérdidas calculadas alrededor del 200% del PIB anual en un evento de desastre, lo que financieramente hablando expone un gran esfuerzo de recuperación frente a poblaciones con mejores condiciones debido al impacto mayor causado. Toda la situación anteriormente marcada se encuentra agrupada en un modelo de riesgo que se centra especialmente en la economía y la política, dejando de lado o con menor prioridad la protección humana y sus necesidades prioritarias, este modelo se ha denominado “*conurrencia y relajación*” en el que se actúa luego de la ocurrencia del evento o a puertas de la amenaza inminente (Cardona, 2003).

Sin embargo y pese a todas las situaciones que se pudieran presentar, no todos los estados de riesgo de desastre logran volverse una realidad, pero ¿En qué depende que esto sea así?, precisamente de la falta de orientación y esfuerzo del individuo por reducir al máximo todas las amenazas, que vendría siendo el primer pilar en la toma de decisiones certeras y reales para la solución de los estados de riesgo.

Ahora bien, cuando todos estos estados de vulnerabilidad, amenazas y riesgos de desastres han sido estudiados y analizados en el marco de una concepción y percepción social, pueden ser concretados en una política pública (Hezer, et al., 2002) de manera que no represente las diferencias sociales y económicas anteriormente descritas, así también establece unos lineamientos adecuados para la disminución de los estados de riesgo en futuras situaciones similares (Thomas, 2011).

Cuando se trabaja en políticas que garanticen verdaderamente la GIRD deben tenerse en cuenta una serie de aspectos que vinculados proyectarían en teoría que cada uno de los niveles de la sociedad, las responsabilidades individuales y grupales, las decisiones administrativas, entre otros, trabajen de la mano para obtener resultados positivos, con menores atenciones de desastres y mayores prevenciones del riesgo. Para este caso, nos seguiremos apoyando en Cardona (2008) quien realiza una enumeración de dichos puntos de manera clara y que a nuestro parecer recogen los puntos clave que se encuentran actualmente en la construcción de acciones para la GIRD:

- a. Conocimiento de las diferentes amenazas que se encuentran en la zona, su origen, su nivel de daño, incidencia y probabilidad de ocurrencia de un desastre producto de estas.
- b. Diseñar y comunicar estrategias para reducir las amenazas como medida de prevención se pueden adecuar, modificar, recuperar, reforzar, la infraestructura de las comunidades y su crecimiento, reordenamiento territorial, controlar el manejo de los espacios naturales y su intervención o modificación, fortalecer las condiciones y manejo de los espacios locales para eventos masivos, engranaje de los niveles administrativos.
- c. Poder para predecir, pronosticar, medir y comunicar de manera oportuna toda la información posible de cualquier tipo de cambio climático de algún evento que pudiera tornarse catastrófico, así como noticias continuas durante los eventos de desastres.
- d. Deben crearse mecanismos que puedan ser responsables de la evaluación y seguimiento de manera técnica organizada de todos los

procesos de GIRD en organizaciones, personas y aspectos materiales, tanto antes como después de un desastre.

- e. Para poder garantizar la prevención o reducción de las consecuencias de un desastre producto de un riesgo ya existente y la aparición de nuevos riesgos, deben crearse estándares y guías normativas permanentes sobre todo aquel proyecto que pueda sugerir medidas especiales, por ejemplo, construcción, ordenamiento territorial, modificaciones ambientales, entre otros.
- f. Incorporar en todo el sistema educativo desde temprana edad, cátedras que fomenten la educación ambiental de forma integral que procuren plasmar a largo plazo en la sociedad el conocimiento, la atención, reducción y mitigación de los desastres.

El apoyo social como herramienta de superación al desastre

La clasificación que se genera del riesgo de acuerdo con los contextos que termina afectando luego de la ocurrencia de un evento de grandes proporciones, como el económico, político, educativo y social han sido abordados de manera amplia en investigaciones anteriores. Sin embargo, una de las que mayor repercusión posee es la consecuencia social que se genera desde lo mental y emocional, puesto que su naturaleza no puede ser prevista, ni tratado o recuperado de manera tan rápida o superficial como los aspectos anteriormente descritos. Teniendo en claro las implicaciones y aspectos políticos y económicos necesarios para una gestión del riesgo de desastres adecuada, podemos centrarnos en la importancia de no olvidar la esencia de las víctimas e implicados.

Este tipo de eventos que en la mayoría de los casos son considerados catástrofes por sus grandes magnitudes de desastre y por los cambios producidos sobre la calidad de vida de sus víctimas, se convierten en los acontecimientos de mayor repercusión sobre las esferas que definen la composición física y psicológica que componen las formas de construcción social entre individuos y finalmente de una sociedad. La ruptura de las interacciones sociales cotidianas son el claro ejemplo del mayor efecto social registrado en un desastre, obviamente porque los espacios, rutinas

y simbologías que permitían esta construcción se ven modificados o simplemente se genera una separación entre los actores más centrales dentro de las redes (Fouce & Sánchez, 2002). Como seres sociales las personas tendemos a obtener mayor nivel de resiliencia y adaptación de acuerdo a las redes sociales que se posean, se ha encontrado evidencia de que el aspecto o coste social en el proceso de recuperación luego de un desastre, siempre será mayor o más delicado por las implicaciones humanas y emocionales que este significa (Caram & Pérez, 2004; Cohen, 2006).

En este sentido, los desastres que exponen a los seres humanos a cambios bruscos e inesperados de su vida cotidiana, producen explícitamente *problems in living*, son problemas o afectaciones que si bien —en la mayoría de los casos— no sugieren cuadros patológicos extremos y por lo tanto no necesitan tratamiento clínico u hospitalario, si sugieren cambios en la forma de crear lazos sociales nuevos, continuar con los anteriores y finalmente acomodarse a las situaciones estresantes que se genera mientras se encuentra en el ciclo del riesgo y las demás consecuencias subsiguientes (Baisden & Quarantelli, 1981). Esta línea de pensamiento se apoya en la idea de que el apoyo social son todos aquellos recursos instrumentales, afectivos y emocionales que son aportados a un individuo por comunidades, familiares y amigos íntimos que se relacionen entre sí, estas deben poder ser percibidas y por tanto reales (Lin, Dean & Ensel, 1986).

Este aspecto ha sido muy documentado por tanto no puede ignorarse, las redes de apoyo social deben ser construidas teniendo en cuenta los aspectos funcionales y estructurales, cuando se han determinado la función de cada uno de los actores y las características de composición (que tan importante es cada actor, que nivel de intermediación se juega, que tan densa y fuerte-es), los recursos que otorga —positivos o negativos— se puede diagnosticar el nivel de calidad social que se posee.

La calidad de la red de apoyo social que posee un individuo es uno de los recursos que mayor beneficio otorga en la recuperación o afrontamiento de una situación de desastre, ya que ésta en gran medida determina el nivel de adaptación a los cambios, también provee de recursos de todo tipo y marca directamente el desenlace positivo o negativo de la recuperación. Para que

efectivamente se produzca un apoyo positivo en la persona que ha sido víctima de un desastre, los recursos sociales con los que se cuentan deben ir de la mano con la percepción social y características culturales que se tenían previamente. Los ejemplos más claros de la afirmación anterior son aquellas situaciones en donde los habitantes de una población no permiten una reubicación, aunque el riesgo inminente sea alto, puesto que crea en ellos “(...) *desarraigo, rotura de redes sociales y laborales, pérdida de identidad y exclusión*” (Caram & Pérez, 2004, p. 53).

Para que estos casos de rompimiento de los lazos sociales que dificultan el nivel de adaptación no se presenten o por lo menos que no se terminen convirtiendo en situaciones que impliquen mayor daño sobre la víctima, se sugiere que los grupos sociales que son intervenidos cuenten con un el apoyo de las instituciones encargadas que implementen medidas de solución con un grado de sensibilidad y eficacia elevados que vayan a favor del respeto de las condiciones y características particulares, la historia y las metas futuras, de esta forma y garantizando el surtimiento de un apoyo de calidad se contendría el aumento de los síntomas “normales”, en los procesos de atención y recuperación a los implicados. En resumen, una red social de calidad debe poder lograr garantizar el “(...) *reconocimiento de la familia, cultura y religión; vulnerabilidad a los efectos de la pérdida y separación del entorno; relación del entorno y procesos de trauma*” (Cohen, 2006, p. 115).

Conclusión

Todo lo anteriormente descrito, nos lleva a determinar varios aspectos importantes para que una sociedad sea capaz de crear y aplicar correctamente y de manera integral una política pública para la gestión del riesgo de desastres: primero, cada uno de los campos de acción que ameriten interacción dentro de una sociedad como el económico, político, educativo, sanitario y social que determinan los puntos clave en el desarrollo de la sociedad, deben ser pensados desde una manera preventiva, es decir es necesario que las acciones o decisiones que sean pensadas como un conjunto, de manera transversal, en la que se crucen todos los programas, propuestas y temáticas.

En vez de lo anterior, actualmente las políticas son puestas en marcha como aspectos aislados o independientes, sin tomar en consideración las futuras implicaciones sobre otros, esta situación que ocurre la mayoría de las veces en un país como Colombia cede ante los procesos productivos privilegiados y sus decisiones. Puesto que como bien dice Lavel (2007) los desastres son pensados en el imaginario político *como una manifestación y problema no resuelto en el marco de los modelos de desarrollo impulsados histórica y actualmente* (p. 2). Así también Thomas (2011), expresa que:

(...) una concepción —actual— del riesgo asida fundamental o exclusivamente al papel establecido por el evento natural, desplaza el diseño de políticas públicas hacia la construcción de obras de infraestructura orientadas a disminuir el impacto del evento y no a identificar las condiciones sociales, políticas, económicas o institucionales que hacen a las comunidades vulnerables ante ese evento en particular. (p. 137)

Como reflexión inicial este punto nos abre las puertas a la concepción del desarrollo humano y social como un punto auto-sostenible logro idealmente alcanzado gracias a la integralidad de cualquier plan de desarrollo y políticas públicas bien pensadas y ejecutadas.

En segundo lugar, podemos ahondar un poco más en la importancia de los elementos políticos y sociales, cuando se desea comprender las causas y las diferentes funciones de los posibles riesgos y de la ocurrencia de los desastres, cuando los modelos y planes de desarrollo han sido pensados de manera que integren todos los niveles importantes, se ha definido por así decirlo parte de la identidad de dicha sociedad, puesto que cada plan correctamente diseñado expresa un modelo propio para la GRD, obviamente esto marca una ruta única, una huella individual de actuación frente a los posibles hechos presentados (Lavell, 2008).

Lo anterior claramente demuestra que ningún plan de GRD que haya sido efectivo en determinada población y que se haya caracterizado por respetar y ayudar a cada uno de los sectores implicados sea igualmente efectivo en otra población, claramente porque éste no ha sido diseñado con las particularidades de la nueva población. Es así como, se tumban aquellas “vivezas” de algunos dirigentes que muchas veces fácilmente adoptan modelos

prácticamente iguales que han sido bien ejecutados en otras ciudades, sin tener en cuenta cuáles son esos riesgos o amenazas, las herramientas utilizadas para la prevención, atención y recuperación, que la mayoría de las veces se encuentran basadas en la construcción de obras.

Por otro lado, es igualmente importante la atención directa que se le debe brindar a las víctimas de los desastres y las condiciones sociales que se deben garantizar en un proceso de recuperación y mitigación, no siempre los desastres pueden ser prevenidos, puesto que esto depende de la capacidad humana netamente de disminuir los momentos y situaciones de riesgo, se crean espacios de intervención directa a la comunidad para brindar mayor seguridad; uno de los aspectos que ha sido mayormente marcado como atenuante son las redes de apoyo social. Cuando se garantiza el menor nivel de traumatismo y cambio social en una víctima de desastres se otorga una mejor actitud de afrontamiento de los habitantes.

Hoy en día en Colombia son muchos los retos que quedan en el escritorio frente a la integralidad de la gestión de riesgo de desastres, pero el hecho de identificar dichos aspectos o falencias debe ser tomado como una oportunidad de corregir en el mediano y largo plazo para la adaptación de las políticas públicas existentes y así poder llegar a la creación de nuevas estrategias administrativas, sociales, educativas y económicas que vayan de la mano. Como bien declaro Baena (2011) una política pública integral y la gestión del riesgo de desastres, no pueden dejar de lado ninguno de los aspectos aquí tratados, así como otros que dependiendo de la comunidad sean relevantes puesto que al ser determinantes para su desarrollo no deben estar *por fuera del juego*, con esto se garantiza la calidad de vida y el bienestar de la atención de los riesgos, amenazas y desastres; además de que se puede llegar a pensar por qué no en un futuro donde los riesgos de desastres naturales que de cierta manera han sido provocados por la ignorancia, abandono u olvido del hombre de ciertos aspectos, puedan no presentarse.

Claramente este es un futuro muy lejano si no aprendemos una cultura de gestión del riesgo con características ideales, en donde sólo la naturaleza, lo imprevisto e impredecible se presente en donde contáramos con las herramientas para que sean eventos de mínimo impacto y con una rápida atención y recuperación que permitan proteger lo más posible a los implicados.

Referencias

- Audefroy, J. (2007). Desastres y cultura: Una aproximación teórica. *Revista Invi*, 60 (22), 119-132.
- Baena, C. (2011). Restos de Colombia frente a la gestión del riesgo de desastre natural. *FORUM*, (2), 91-108.
- Baisden, B. & Quarantelli, E. (1981). The delivery of mental health services in community disasters: An outline of research findings. *Journal of Community Psychology*, 9, 195-203.
- Calderón, G. (2001). *Construcción y reconstrucción del desastre*. México: Ediciones Plaza y Valdés.
- Caram, M. & Pérez, S. (2006). Entre el riesgo ambiental y el riesgo social: buscando una salida a la tenencia irregular. *Revista Argentina de Sociología*, 4 (6), 50-64.
- Cardona, O. (2003). La necesidad de repensar de manera holística los conceptos de vulnerabilidad y riesgo. "Una crítica y una revisión necesaria para la gestión". *LA RED*. Recuperado de: http://www.desenredando.org/public/articulos/2003/rmhcvr/rmhcvr_may-08-2003.pdf
- Cardona, O. (2008). Medición de la gestión del riesgo en América Latina. *Revista Internacional Sostenibilidad, Tecnología y Humanismo*, 3, 1-20.
- Cohen, R. (2008). Lecciones aprendidas durante desastres naturales: 1970-2007. *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública*, 25 (1), 109-117.
- Fouce, G. & Sánchez, J. (2002). Intervención psicosociológica en situaciones de estrés agudo: consideraciones teóricas y sugerencias para la intervención en situaciones de emergencia. *Anuario de Psicología*, 33 (1), 63-78.
- Hezer, H., et al. (2002). *Convivir con el riesgo o la gestión del riesgo*. LA RED. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Lavell, A. (2007). *Apuntes para una reflexión institucional en países de la Subregión Andina sobre el enfoque de la Gestión del Riesgo*. Apoyo a la Prevención de Desastres en la Comunidad Andina (PREDECAN). Disponible en: <http://www.comunidadandina.org/predecana/doc/r1/docAllan2.pdf>
- Lavell, A. (2008). *Una visión de futuro: la gestión del riesgo*. San José de Costa Rica: Inédito.
- Lin, N., Dean, A. & Ensel, W.M. (1986). *Social support, life events and depression*. Nueva York: Academic Press.
- Smith, K. & David, P. (2009). *Environmental hazards. Assesing risk and reducing disaster*. Nueva York: Routledge.
- Susman, P., O'Keefe, P. & Wisner, B. (1983). Global disasters, a radical interpretation. En: Hewitt, K. (Ed.). *The idea of calamity in a technocratic age* (pp. 264-283). New York: Allen & Unwin Inc.
- Thomas, J. (2011). Desarrollo y gestión integral del riesgo: ¿una contradicción histórica? *Revista de Geografía Norte Grande*, 48, 133-157.